
Más que hombres, mujeres*

Colletivo No. 4, Milán

Un grupo de mujeres que mantienen una relación política y afectiva constatan los logros obtenidos a través del movimiento de lucha en estos últimos años y la medida de aquello que falta. Hemos combatido eficazmente contra la miseria social de la condición femenina. Hemos descubierto la originalidad del hecho de ser mujeres. La práctica política de las relaciones entre mujeres, el hecho de frecuentarnos, de amarnos, nos ha dado valor. Pero ahora nos falta el modo de traducir en realidad social la experiencia, el saber y el valor de ser mujeres. Tenemos dificultades en las relaciones sociales, como en un mundo donde el mejor de nosotros no se sabe, no tiene curso. Esto nos pesa hoy más que en el pasado, cuando estábamos inseguras acerca de lo que podía ser un deseo nuestro, una voluntad nuestra. Nos ocurre experimentar esta inadecuación también cuando estamos entre mujeres, en nuestros grupos, quizás porque el malestar y el fracaso que conocemos en el mundo se han asociado a todo deseo, a toda voluntad de actuar.

Nuestros deseos más fuertes y profundos, por no quedarse mudos, corren el riesgo de convertirse en fuente de fantasías paralizantes. Entre mujeres existe al menos la posibilidad de interrogar esta experiencia y, sobre todo, de tenerla en cuenta para que no se pierda nada de aquello que una pueda saber o querer.

En cambio, en las relaciones sociales —donde nos encontramos para ganarnos el pan, o para satisfacer además ambiciones propias, o bien simplemente porque no podemos evitarlo— nuestro malestar queda totalmente mudo.

* Este es el famoso *Sottosopra verde*, de enero de 1983, cuyo título en italiano es *Più Donne che Uomini* (más mujeres que hombres). Las traductoras han preferido otra posibilidad.

Ahí, el hecho de ser mujeres pierde sentido de nuevo, es una particularidad que nos incomoda, de la que hay que justificarse, que hay que olvidar y hacer olvidar, consumiendo una parte, más o menos grande, de nuestra inteligencia y de nuestro placer.

Esto, además, empobrece de rebote el proyecto de lucha de las mujeres. Por tanto a nuestras relaciones, a nuestros grupos, les falta la grandeza de las cosas que en el mundo deberíamos vivir “como un señor” —pues se trata de nuestra existencia social, en el trabajo como en cualquier otra ocasión— y que, por el contrario, practicamos con la inseguridad de los aprendices y de los imitadores.

No se trata ya de discriminación

De nuestra condición, lo que ahora nos interesa es decir e interrogar nuestro fracaso en las prestaciones de la vida social. El fracaso resalta sobre una experiencia difusa de malestar, inadecuación, mediocridad. Puede no ser nada clamoroso, por lo general no se presenta del todo como un fallo clamoroso sino más bien como un impedimento, un bloqueo de las capacidades propias, fuente de ansiedad y de repliegue.

Respecto a esta experiencia, el paso adelante es reconocer abiertamente que nos cuesta, que los resultados son generalmente mediocres y que por lo demás estamos inadecuadas a las prestaciones requeridas en los comercios sociales.

Ponemos en el centro el momento del fracaso porque revela, como el malestar difuso pero de modo más consciente, que queremos lograr el éxito, acertar, pero que algo dentro de nosotras levanta un obstáculo, dice que no.

No se trata de un impedimento externo. Pensarnos y presentarnos como víctimas de la discriminación antifemenina no significa ya lo esencial de nuestra condición. Corre más bien el riesgo de ser una cobertura. Se sabe que, especialmente cuando las condiciones materiales son más duras, la discriminación existe o puede representarse. Pero se trata de una dificultad bien reconocible que sabemos combatir y que no alcanza a minimizar a una mujer ni la hace sentirse inadecuada. En cambio, la experiencia de la propia inadecuación contribuye largamente a reforzar los residuos y retornos de discriminación.

La inadecuación viene, por ende, aclarada e interrogada por cuenta propia, como un obstáculo más profundo que los inventados por un

orden social injusto. Por tanto, hablaremos pues de la parte errada de nuestras prestaciones sociales sin justificarlas con la discriminación. No relacionaremos el fracaso con lo que otros quieren en contra de nosotras, sino con aquello que nosotras queremos. El discurso de la discriminación calla una parte efectiva de nuestra experiencia, es decir que nuestra dificultad no viene sólo (no viene esencialmente) del impedimento externo sino de un deseo nuestro de afirmación social que choca contra su propia enormidad: enorme, anormal, no porque en sí sea mayor de lo debido sino porque no halla modo alguno de satisfacerse.

Voluntad de vencer

Hay en nosotras un deseo de estar en el mundo “como un señor”, a lo grande, de tener con las cosas una segura familiaridad, de encontrar en cada momento los gestos, las palabras, los comportamientos acordes a nuestro sentir interno y correspondientes a la situación, de llegar hasta el fondo de los pensamientos, los deseos y los proyectos. Lo llamaremos voluntad de vencer. Vencer en el mundo sobre todo lo que nos torna inseguras, inestables, dependientes, imitadoras. Y, al mismo tiempo, no traicionar en nada aquello que somos, ni siquiera aquello que, por el momento, habla sólo en manera quebrada.

Para empezar, vencer el miedo de la propia voluntad de vencer. Esta última se presenta cuando se presenta como algo anormal, casi sin objeto y sin relación alguna con los instrumentos a nuestra disposición. En la experiencia del fracaso lo reconocemos como algo errado pero, al mismo tiempo, insuprimible.

Podemos hablar de nuestro fracaso e intentar comprender lo que en el fondo quiere decir, porque en estos años de lucha política hemos desplazado el acento sobre nuestros deseos.

El movimiento de las mujeres ha hecho renacer la audacia perdida con la infancia. En ella encontramos un punto de referencia para llegar a ser aquello que somos y querer aquello que queremos. Internalizar una voluntad de vencer que nos paraliza en lugar de llevarnos hacia adelante porque no encuentra correspondencia con las posibilidades que ofrece esta sociedad, lo cual va más allá de cualquier forma de discriminación. Quizás a causa de esto deba cambiar la sociedad.

Extrañeza

El fracaso que experimentamos en la tentativa de tener una existencia social revela, junto a la persistente voluntad de vencer, una resistencia o una extrañeza: algo nuestro se resiste a entrar en los juegos sociales, no quiere estar, no está.

Esta cosa que dice no y hace obstáculo, no se puede nominar porque no tiene nombre. En esto consiste precisamente la extrañeza, algo que en nosotras no halla el modo de expresarse y de realizarse pero que existe y que se entromete tanto más cuando más prima la voluntad de vencer. Es su modo de hacerse sentir, presencia muda que estorba, provoca fantasías paralizantes, corta la palabra. Aquello que de hecho somos, el papel social que nos toca vivir, madres, amas de casa, trabajadoras extradomésticas, políticas, marginales, puede inspirar críticas contra esta sociedad; pero ninguna crítica es tan radical como esta objeción de aquello que no quiere o no puede estar y lo que la sociedad ofrece como posibilidad de existencia. He aquí los ingredientes del fracaso: la voluntad de vencer y la extrañeza. Pero no son la razón del fracaso. Tanto en este caso como en el malestar difuso se advierte que lo que levanta obstáculo, lo que no entra en el juego social es, en definitiva, el hecho de ser y de tener un cuerpo de mujer. Al querer nombrar en qué consiste la extrañeza, esta es la única cosa que podemos decir: ser y tener un cuerpo de mujer, una cosa de lo más común, por lo menos tanto como ser y tener un cuerpo de hombre. Y, sin embargo, no es así, nunca ha sido así. Ciertamente, hoy en día hay cada vez menos obstáculos para la mujer que quiere realizarse en la vida social y el ojo va también habituándose a ver mujeres en el puesto de hombres. Pero, mientras tanto, dentro, allí donde no llega el ojo, se desenvuelve un trabajo para mantener el cuerpo propio, un cuerpo de mujer, en un lugar donde aquello que tiene la palabra es un ser cuerpo de hombre. El trabajo interno no acaba nunca porque hay algo dentro que no llega a habituarse. De vez en cuando, sin embargo, se interrumpe por un rechazo casi físico de tanto esfuerzo.

El fracaso se produce porque el ser mujer, con su experiencia y sus deseos, no tiene sitio en esta sociedad, moldeada del deseo masculino y de ser o tener cuerpo de hombre. Sólo así se explica que la voluntad de vencer, cuando no se deja intimidar, se convierta inevitablemente en aspiración viril.

Por esta vía —más que por la de la discriminación— hemos aprendido cuán profunda es la marca de la preponderancia masculina en la

sociedad; la marca es evidente en nosotras mismas, en el deseo de existir, actuar, contar, que de hecho toma forma de un deseo vencedor. Pero una mujer pierde en ello su cuerpo.

Cuando una mujer entra en el juego social, aun de la manera más simple como por ejemplo tomando la palabra en una asamblea de barrio, hay siempre un esfuerzo de más que hacer para expresarse según un modelo que no responde ni a sus propias emociones ni a su propio pensamiento; ocurre ni más ni menos que tanto sus sentimientos como sus pensamientos se deforman.

Hay, cada vez, un intervalo más qué colmar para ponerse a la altura. Puede nacer así una fantasía de perfección que paraliza porque no prevé, no admite que una pueda equivocarse. El sentido de una extrañeza propia viene también dado por esto: no se frecuenta tranquilamente un mundo donde errar es inevitable pero no se tiene derecho a ello. Una puede decir: Yo soy capaz. Yo puedo. Es posible. Sin duda hay mujeres que en determinadas circunstancias son capaces de afirmarse a la par con los hombres y hasta por encima de ellos. Pero a costa de una mutilación que frecuentemente se esconde como sufrimiento personal y que de cualquier modo acaba siempre por manifestarse como aislamiento de las propias semejantes, incapacidad de comprenderlas y, muy en el fondo, desprecio por el propio sexo. Este renegar de la parte perdedora, en su interior como fuera de él, hace que entre las pocas mujeres socialmente afirmadas muchas sean sustancialmente conservadoras o reaccionarias.

No hay duda de que también a ciertos hombres les ocurre sentirse incómodos con respecto al modelo viril y a las prestaciones sociales que les corresponden. Pero a un hombre le queda siempre su cuerpo, su ser/ tener un cuerpo de hombre que puede demostrar a sus similares y hacer valer, aun cuando esté al margen o en contra de sus modelos y sus reglas.

La experiencia de la inadecuación en un hombre puede ser, y a menudo es, una ocasión para lanzar de nuevo el juego sexual-social y renovar, por ejemplo, los términos de la dialéctica entre sexualidad literal y sexualidad sublimada (o desplazada) en cosas tales como la carrera, el arte, el dinero, la política, etc. La sexualidad literal de una mujer nada tiene que ver con todo esto. Su demostración de virilidad en la vida social no tiene cuerpo, por tanto no entra en juego; tan es así que a menudo resulta rígida, imitativa o conformista. La fantasía de perfección que paraliza o torna inseguras a muchas mujeres viene de este no poder incluir el propio cuerpo en las cosas que hacen; quien incluye su cuerpo

se otorga el derecho de equivocarse y transgredir, se lo otorga el mismo cuerpo que no se reduce nunca a las normas. Esta parálisis viene pues de un modelo asexuado que se interpone entre el cuerpo y la palabra.

En esta sociedad, ni el sentimiento profundo ni la inteligencia fiel a las emociones y a los deseos de una mujer tienen libre curso. De un modo u otro resultan deformados o acallados. Nosotras solemos hacer de nuestra extrañeza el correctivo de la voluntad de vencer y de la voluntad de vencer el correctivo de la extrañeza. Y nos dividimos en esta alternativa entre aquellas que sostienen (o exhiben) la propia extrañeza y las otras, las que sostienen (o exhiben) el estar felizmente insertadas en la vida social.

La experiencia del fracaso es una voluntad de vencer + una extrañeza que se confrontan de manera salvaje sin moderarse mutuamente. Por tanto, el momento del fracaso puede llegar a ser un punto de vista sobre la sociedad: es un punto de vista que no mutila ni reniega ni atenúa en nada aquello que una mujer puede ser o querer.

Soledad de la emancipada

La existencia social se conquista en una competencia sexual de hombres. Cuando la discriminación es menor, la mujer puede participar en esta competencia que no deja de ser de hombres. Ella se encuentra sola aunque haya otras mujeres alrededor, sola en medio de este afirmarse de hombres que es un amarse de hombres a través de carreras, dinero, saber, partidos, revoluciones, etc.

La emancipación femenina equivale a introducir a la mujer en esta competición sexual donde lo que se afirma es la virilidad. En la lógica de la emancipación se necesita puntualizar sobre la bravura individual — las mujeres pueden, como máximo, llegar a la solidaridad con sus semejantes en función defensiva. En resumidas cuentas, la emancipación nos introduce en el juego social con palabras y deseos que no son nuestros. Y nos induce a minimizar la inadecuación y el fracaso como algo vergonzoso. Mientras que ahí hay una objeción y una fuerza de cambio —que, por lo común no se ejercitan eficazmente porque se consumen en esfuerzos de adaptación.

Sexualizar las relaciones sociales

La entrada masiva de las mujeres en la vida social no modifica automáticamente esta situación. Automáticamente, se advierte que las mujeres tienden a asimilar el modelo masculino.

Es necesaria una reflexión y una práctica política específica para hacer de nuestro malestar y nuestra inadecuación en los comercios sociales el principio de un saber y de un querer en lo que respecta a la sociedad. Llegar a decir: la sociedad está hecha así, funciona de cierto modo, requiere un cierto tipo de prestaciones, yo soy una parte de la sociedad pero no estoy hecha así, que cambie entonces la sociedad para que en ella se exprese también lo que soy y que a través de esta contradicción comprenda aquello que yo quiero ser.

Es necesario sexualizar las relaciones sociales. Si es cierto que la realidad social y cultural no es neutra, que en ella se expresa en forma cambiada la sexualidad humana, entonces nuestra búsqueda de existencia social no puede no enfrentar el predominio del hombre sobre la mujer en la sustancia de la vida social y cultural.

Sexualizar las relaciones sociales quiere decir sacarlas de su aparente neutralidad y mostrar que en las formas socialmente corrientes de relacionarse con sus semejantes, una mujer no se encontraba integralmente ni con su propio placer ni con sus capacidades.

En efecto, las motivaciones para involucrarse en el juego social, así como sus reglas y sus beneficios, son todos, directa o indirectamente, dirigidos hacia la masculinidad, hechos para solicitarla o para gratificarla. Es difícil involucrarse en una situación en la cual el propio placer es siempre un "tal vez".

En este sentido, es comprensible que muchas mujeres, aún pudiendo elegir, prefieran mantenerse al margen de la vida social y no llegar al fondo de la vía de la emancipación. Es una defensa de la integridad propia. De esta postura hay que retomar el saber (saber que en las relaciones sociales prevalece el ser hombre) y la voluntad implícita (resistencia a dejarse asimilar por lo masculino).

Por esto, así como nos parece erróneo seguir insistiendo sobre la discriminación, nos parece fuera de lugar puntualizar sobre la demanda de mayores espacios sociales y culturales para las mujeres. La concesión de mayores espacios es la respuesta a una injusticia flagrante de una sociedad hecha en su mitad de mujeres y dirigida casi exclusivamente por hombres; pero esto no toca la sustancia del problema, es decir que en

esta sociedad las mujeres no encuentran ni fuertes incentivos para insertarse ni verdaderas posibilidades de afirmar lo mejor de sí mismas.

Una mujer, admitiendo que quiere estar en la sociedad, puede estarlo, pero a disgusto.

La lucha por el bienestar

Desde hace por lo menos un siglo, se desarrolla una política de emancipación de grupos socialmente desfavorecidos para darles las mismas oportunidades de integración social. Pero, aunque nos acercamos a una meta en lo que respecta a las condiciones materiales, nada ha ocurrido aún en lo que concierne a la desventaja quizás más grave, la de hallarse inmersas en la vida social sin placer, sin competencia, sin bienestar. También éstos son elementos materiales. La lucha emancipatoria pasa por alto, sin verlas, las energías bloqueadas por el sentimiento de una extrañeza irreductible y aquellas que se consumen en el esfuerzo de adecuación. Algunas escritoras de la Alemania socialista, país de los más avanzados en la lucha contra la discriminación femenina, cuentan esta extrañeza de fondo, este no lograr estar que viene del ser cuerpo de mujer. Léase, por ejemplo, *Mutaciones* de Christa Wolf. Hay un límite en el proceso de emancipación, límite que puede manifestarse sólo muy tarde, pero que también está presente desde el inicio en esta invitación a abrirse camino, a entrar en una condición en tantos aspectos deseables, pero sin la posibilidad de traernos la integridad de la más elemental experiencia propia, la que está asociada al cuerpo y a la sexualidad. Por otra parte, la integridad de la experiencia propia es una condición fundamental para insertar en la sociedad lo mejor de nosotras mismas. Sin esto, la mediocridad y el fracaso son casi inevitables.

Desde el momento que esto se ha aclarado, la lucha contra la discriminación se muestra secundaria. En primer lugar está la lucha por alcanzar un bienestar en la existencia social: por estar en el mundo siendo fieles al ser mujer, teniendo emociones, deseos, motivaciones, comportamientos, criterios de juicio que no respondan a la masculinidad, a aquellos que todavía prevalecen en la sociedad gobernándola hasta en sus expresiones más libres.

No renunciamos a tener una existencia social. Por esto, ponemos en evidencia el malestar de nuestra situación actual. Queremos salir de él, para empezar, explicando sus raíces. En los comercios sociales, es la

preponderancia de lo masculino lo que nos pone en dificultad, lo masculino que se transfiere al dinero, a las carreras, la cultura, la política, el arte y solicita de modo prepotente, admiración e imitación. Desde el punto de vista de un saber abstracto no estamos diciendo nada nuevo. Son cosas sabidas, pero que están prácticamente canceladas. Sexualizar las relaciones sociales significa contrastar esta cancelación. En la práctica, se trata de constituir el grupo separado de mujeres, también ahora y aquí donde estamos, en búsqueda de una existencia social para interrogar la experiencia del fracaso, reconocer la voluntad de vencer y dar empuje a la lucha para estar en el mundo con bienestar.

Contra el separatismo estático

Después de más de diez años de movimiento político, la experiencia del fracaso y del malestar en la búsqueda de una existencia social quedan como un hecho individual que cada una enfoca sola, o bien con el psicoanalista o alguna amiga personal. En nuestros grupos nos cuesta hablar del conflicto entre la voluntad de vencer y la extrañeza, cuyo resultado incide siempre en las elecciones que se hacen (o que no se hacen), y no sólo a propósito del trabajo. En este punto son insuficientes el trabajo teórico y la práctica política por parte del movimiento de mujeres. En nuestros grupos circula abundantemente la experiencia vivida en las relaciones personales con hombres, mujeres y niños, con los animales y la naturaleza en general, mientras que todo lo que concierne a los comercios sociales viene acallado, colocado cuanto antes bajo la etiqueta de la discriminación de la que el mundo masculino es el autor y nosotras las víctimas. Se silencia una parte de la situación, nuestra voluntad de vencer con sus fracasos, voluntad que persiste a través de las adaptaciones y máscaras varias, y que también actúa en las elecciones que parecen de una naturaleza puramente sentimental. También por la voluntad de vencer y miedo a errar se puede tener un hijo. Tendemos a presentarnos como seres humanos dominados por puras exigencias sentimentales. Tal insuficiencia se refleja en el hecho que el movimiento, aunque suscita en muchas mujeres la voluntad de cambiar la vida propia y la voluntad de vencer, ha dado al mismo tiempo cobertura a los jueguitos de la marginalidad y de la emancipación. Los grupos de mujeres corren el riesgo de convertirse en el lugar de una autenticidad femenina desligada de la frecuentación social y de la implicación en los comercios sociales. La

proclamada marginalidad de las mujeres, exactamente como el proceso emancipatorio, no impide para nada que mientras tanto en los comercios sociales las mujeres estén sujetas a la iniciativa del hombre como colaboradoras locuaces o silenciosas paralizadas. El silencio del deseo y del saber de un ser mujer no hace sino prolongarse. El separatismo femenino comprendido como a un lado las mujeres con sus particularidades y a otro lado la sociedad con las suyas, no pone punto final a todo esto.

Nos hemos apartado de grupos y movimientos mixtos dominados por hombres (dominados por proyectos pensados por hombres y un lenguaje apropiado al ser hombre) para hallar una existencia referida a nuestras semejantes y articular un deseo nuestro y un saber nuestro acerca de nosotras mismas, acerca del mundo y nuestro estar en el mundo. Nos hemos apartado para existir y tomar parte en el mundo —no para exaltarnos en una marginalidad que es falsa cuando no desesperada y perdedora. En otras palabras, la separada y perdedora. En otras palabras, la separación es un instrumento de lucha y no un arreglo de las relaciones entre hombre y mujer. Si respondemos a nuestros deseos como se ha hecho en el pasado, por la emancipación o por la evitación, probando con las dotes individuales o renunciando desde un principio, retrocederá entonces la relación con el hombre que hemos logrado, en parte, modificar.

Nuestra extrañeza de fondo respecto a esta sociedad y esta cultura viene interrogada en el momento de implicarse, cuando emerge junto a la voluntad de vencer, de existir, de contar en este mundo. Una y otra, extrañeza y voluntad, no se ensombrecen sino que se refuerzan para mostrar que la sociedad no será ya la misma cuando los deseos y el saber de mujer tengan libre curso. Será entonces cuando el ser hombre logrará encontrar un sentido en su parcialidad y se liberará de su oprimente universalidad.

Un mundo común de las mujeres

La mayor dificultad que encontramos es que nos falta “un mundo común de las mujeres”. Habla de ello Adrienne Rich, de quien tomamos esta profunda intuición. Una mujer que intenta de algún modo existir socialmente, ya sea por la propia supervivencia o por la satisfacción propia, entra, de hecho, en el mundo común de los hombres, un mundo donde cosas que para ella pueden ser elementales y esenciales, dignas

de la máxima atención, allí caen en la nada, no cuentan para nada: nunca han existido. Y viceversa, allí donde debe confrontarse con cosas en las que ella no puede reconocerse —aunque conozca ciertamente su existencia, la masculinidad no tiene, de hecho, grandes problemas para darse a conocer. Aunque en la relación hombre-mujer ha cambiado el viejo modo de vivir gracias al movimiento político de estos últimos años y podemos dirigirnos a nuestros semejantes con posturas y juicios libres, no complacientes hacia los intereses masculinos, en la vida social volvemos a encontrarnos sin criterios arraigados en nuestros intereses y, por tanto, sin libertad de juicio.

Existe, además, una analogía entre frigidez sexual y fracaso en las prestaciones de la vida social. La frigidez de algunas ha revelado, junto a la violencia que la sexualidad masculina ejerce sobre la mujer, la muda resistencia de su cuerpo y nos ha empujado a una lucha común por expresar la resistencia y cambiar la relación personal con el hombre. Tanto es así que el fracaso en la vida social, el bloqueo de la palabra, el ansia, el desasosiego, “hablan” de una extrañeza y de una resistencia.

Se ha tratado hasta ahora de una resistencia muda. En lo social estamos aún aisladas y no comunicamos si no es por cosas marginales a la situación. En lo esencial, silenciosas y repetitivas aun cuando se trata de emitir críticas, conformistas o subversivas, actuamos y pensamos siguiendo criterios en los que ya no entra nuestro ser mujeres. Al contrario, son criterios que excluyen una puesta en común positiva entre mujeres, siendo despectiva la única posible. La sociedad no nos niega puestos ni eventuales éxitos por el hecho de ser mujeres. Esto se debe a que el ser mujeres, en la afirmación social, es irrelevante y así debe resultar. Extraña existencia social la nuestra, de seres que no son hombres y que no pueden resultar en ser mujeres.

Sólo con la referencia de otras semejantes tenemos la posibilidad de reencontrar y, por lo tanto, de sostener, aquellos contenidos de nuestra experiencia que la realidad social ignora o tiende a cancelar como escasamente relevantes. Quizás no haya otro modo para que el ser mujer dé al ser hombre la medida de su parcialidad, de que éste perciba la existencia de relaciones e intereses que no dependen de él. Mientras la parcialidad de ser hombre/mujer no tenga existencia en la sustancia de la vida social y cultural, la sociedad está mutilada y es, para nosotras, mutilante. Es casi impensable que una mujer alcance un logro por sí sola entrando en un mundo donde, desde la fábrica al laboratorio, del asilo al estadio de fútbol, de la ley a la poesía, lo que circula, y que los hombres sostienen

de modo acorde, es la excelencia de ser un cuerpo de hombre. Este logro se alcanza tejiendo una trama de relaciones preferenciales entre mujeres donde la experiencia asociada al ser mujer se refuerza en el reconocimiento recíproco y se inventan los modos de traducirla en realidad social.

A esto lo llamamos mundo común de las mujeres, una trama de relaciones y referencias con las semejantes capaces de registrar, de dar consistencia y eficacia a la integridad de nuestra experiencia, retomando y desarrollando lo que ya muchas mujeres, en condiciones difíciles y dispersas, han sabido hacer. En otros términos, estar en el mundo manteniendo el contacto con nuestras semejantes y en esta relación dar sustancia a aquello que niega la prevalencia masculina, o sea, el dato originario de nuestro ser mujeres en vez de hombres. El mundo es uno solo, habitado por mujeres como por hombres, niños, bestias y cosas varias, vivas y no vivas, y queremos estar a gusto y con bienestar en este mundo único.

Crear un precedente a la fuerza

La solidaridad es un elemento precioso pero no basta. Necesitamos relaciones diversificadas y fuertes donde, una vez salvaguardado el mínimo interés común, el vínculo no sea ya sólo la defensa del mínimo interés común; relaciones en que la diversidad entre en juego como una riqueza y no ya como una amenaza.

La diversidad toma a menudo la forma de verdadera desigualdad y el reconocimiento de la desigualdad se hace con una atribución de valor. Es de nuestro mayor interés que el valorar ocurra entre mujeres —de ello depende que el ser mujer tenga valor. No un valor general-abstracto, sino en el contexto vital de cada una con su propia voluntad de vencer y su propia extrañeza.

Aquí, de hecho, valoración quiere decir referirse a una semejante — a su voluntad de vencer, a su extrañeza— por interés propio y establecer, de este modo, un vínculo material que pone en comunicación cosas que eran acalladas o distorsionadas en el enfrentamiento individual con la sociedad masculina.

A este fin, el de entrelazar un mundo donde circulan los intereses asociados al ser mujer y donde una mujer pueda existir sin deber justificarse, nosotras aportamos como contribución el resultado de nuestra

práctica política que concierne a las relaciones entre mujeres. Se trata justamente de la desigualdad entre mujeres, de la necesidad de hacerla practicable y de hacer practicable el confiar en una semejante. Por lo general, en nuestros grupos la desigualdad no se admite en nombre de un igualitarismo heredado de los movimientos juveniles, pero en realidad es quizás por reacción al aplastamiento de la madre —en la sociedad patriarcal la relación madre-hija no tiene forma, por lo que a menudo es conflictiva y en ella pierden ambas. Hemos comprendido que la desigualdad entre mujeres es practicable y es preciosa. Reconocer que una semejante vale más rompe la regla de la sociedad masculina según la cual, aparte de la madre, las mujeres son en definitiva todas iguales; y, al mismo tiempo, nos libera, intimidadas y minimizadas como estamos frente al hombre, de la necesidad reactiva de ser por lo menos iguales a nuestras semejantes. También las mujeres han sido traídas al mundo por una madre. La lucha contra la sociedad patriarcal exige que demos una fuerza actual, en nuestras relaciones, a ese antiguo vínculo donde para una mujer podían existir amor y estima fusionados. De hecho, ella tenía en la madre el primer amor y el primer modelo unidos.

¿Estamos quizás proponiendo reproducir en nuestras relaciones las jerarquías del ser más/menos que detestamos, precisamente porque la sociedad nos ve como perdedoras? La respuesta no es otra que: sí, porque es necesario romper un régimen de igualdad entre mujeres que se basa en el antivalor de ser mujer —la igualdad entre nosotras radica en la profunda inseguridad de cada una, tan es así que no impide la sumisión a las jerarquías en vigor en la sociedad. Pero también no, porque aquel más que determina una diferencia entre mujeres da lugar a una relación donde circulan amor y estima juntos.

El reconocimiento de la disparidad entre mujeres no es pues un fin en sí mismo. Es la práctica de una contradicción, práctica necesaria para que haya libertad del miedo de ser menos que otra mujer y cada una llegue al sentido del propio valor pudiendo apoyarse en el valor de otras semejantes como elemento de fuerza.

El que tenga lugar este reconocer un valor y este confiar entre mujeres que se frecuentan, crea un precedente de fuerza; significa tener una referencia que confirma íntegramente el ser mujer con ese más que buscamos.

En el reconocimiento de la desigualdad, además, y siempre que sea practicable, las elementales emociones ligadas al antiguo vínculo con la madre encuentran una regla, un dinamismo y, por lo tanto, una fecundidad. Reconociendo aquel más que otra puede ser, esas antiguas emocio-

nes logran expresarse positivamente, liberándose de la ambigüedad y liberándonos de la recriminación.

A la luz de un deseo vivo

Articular las emociones forma parte del recorrido para llegar al bienestar, al fin de la ansiedad. El bienestar es, en efecto, la tercera cosa entre la voluntad salvaje de vencer y la sumisión, entre la fantasía de omnipotencia y el error. El bienestar es tener una correspondencia entre las propias emociones, aquello que se piensa y lo que se hace en una determinada situación. No se trata de una cuestión psicológica. La búsqueda del bienestar es una práctica política que sigue diciendo: el trabajo para masculinizar nuestra mente y nuestras emociones es oprimente y por añadidura inútil. Que sigue diciendo: queremos traducir una experiencia y un deseo de mujeres en una sociedad que no quiere saber nada de ello, pero deseamos cambiar las cosas. Que sigue diciendo: el bienestar es la más material de nuestras necesidades junto a otras necesidades materiales, y la lucha por el bienestar es subversiva en un mundo donde el deseo está petrificado.

Este querer estar en el mundo a gusto pone de nuevo las cosas en relación viva con un deseo para que se vean y para que quien lo necesite (mucho o poco, tal vez mucho), cambie en esta luz.

Traducción: **Simone Kuoni y Sofía Malagón.**